

A propósito de reelecciones presidenciales en Nicaragua

Managua, 5 de Marzo de 1931

Sr. Dr. don José Bárcenas Meneses.

Granada.

Mi estimado amigo:

Han pasado ya largos tres años desde el día en que ofrecí a usted comunicar por escrito mis recuerdos de los sucesos de La Cuesta, ocurridos el 25 de Julio de 1893, pero limitándome a los que yo presencié, y nada más que a éstos.

Después de haber contraído con usted ese compromiso, algunos de nuestros hombres públicos han escrito sobre ese mismo tema y narrado los hechos, ya de un modo ya de otro, originándose de aquí una controversia con detrimento de la verdad histórica y menoscabo del buen nombre de los personajes que figuraron en primera línea en aquel drama que marca un punto sangriento en la historia de nuestros desórdenes políticos. Cada cual los ha narrado persiguiendo un fin particular, y con harta frecuencia cegado por esas pasiones que todo lo deforman y corrompen.

Al ver semejante estado de cosas yo hice lo de aquel fraile que predicaba contra el pecado mortal y que al ir anunciando cada una de sus horribles consecuencias, decía, ocultándose en el púlpito: "por eso yo, hermanos míos, me escondo"; y me escondí Dr. Bárcenas, me escondí resuelto a no decir a usted ni una palabra más sobre asunto tan peligroso, aunque usted jurara por las siete cabritas, que guardaría relativamen-

te a mí la más absoluta reserva.

Y así he dejado correr los años, confiado en que la acción del tiempo haría que usted se olvidara de La Cuesta, y con La Cuesta me olvidara a mí también. Pero nada, siempre me tiene usted presente en su memoria, y como acreedor terrible y feroz, no hay día que no me llame con el feo cognomento de tramposo, sin consideración a mis años, ni respeto ni miramiento ninguno, sea cual fuere el lugar, delante de todo el mundo, y aún del mismo "Sursum Corda".

Ya esto no es vida; tengo que librarme de usted cueste lo que cueste. Hay que pagarle lo que le debo, para gozar de tranquilidad. Haré pues, un esfuerzo para recordar cosas que de puro viejas tengo casi olvidadas, y las referiré a usted tal como vayan apareciendo en mi memoria.

Yo fui llamado a Managua para colaborar en la Mayoría General en lugar de don Ascensión Paz Rivas, quien debería ir a Matagalpa para organizar un ejército que operaría bajo su mando en los departamentos del Norte.

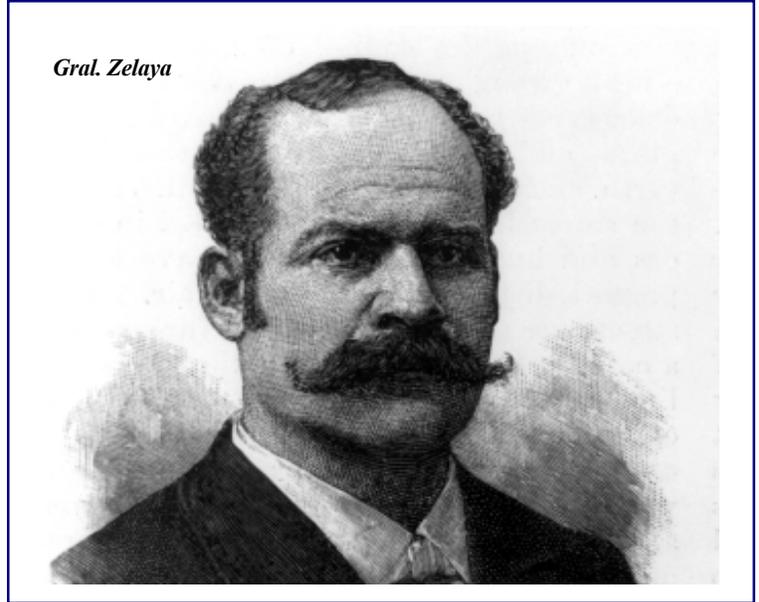
Tan luego hube llegado a la capital hice a don Ascensión la pre-gunta acostumbrada:

"Cómo vamos?"

Él me contestó:

-Va Usted a juzgar con su propio criterio. Véngase conmigo, y me llevó de cuartel en cuartel. Todos ellos presentaban el aspecto de un mercado; mujeres con bateas vendiendo pasteles y otras chucherías, muchachos y soldados entrando y

Gral. Zelaya



saliendo en medio de una confusión de voces y palabras mal sonantes.

"Lo está viendo?" me dijo: no tenemos ejército, no hay organización ninguna"

"Por manera que si nos atacan?"

"Deduzca usted las consecuencias."

Don Pedro José Chamorro y yo, que éramos los únicos colaboradores de la Mayoría General, fuimos llamados del Palacio en la madrugada del 25 de Julio. Una avanzada de los revolucionarios se había presentado en La Cuesta, y se había retirado después de un corto tiroteo. Se creía que la batalla se empeñaría de un momento a otro, y se nos pidió el estado y situación del ejército, por orden del General en Jefe.

Si la memoria no me es infiel, ese estado fue el siguiente: En Tipitapa, a las órdenes del Gral. Carlos Alegría. 800 hombres

En Sábana Grande a las ór-

denes de don Salvador Chamorro. 200 hombres

En el Cuartel General a las órdenes del Gobernador J. M. Cuaresma. 400 hombres

En la línea de fuego, incluyendo 600 hombres que estaban en Motastepe a las órdenes del Gral. Hipólito Saballos. 2.600 hombres, Total... 4,000 hombres.

Como estaba previsto él ataque de los revolucionarios no se hizo esperar, y la batalla se empeñó en toda la línea al amanecer del día 25 de Julio. Don Pedro José Chamorro montó su caballo y salió para la línea de fuego; las descargas de los rifles y el estampido del cañón ejercían sobre su alma ardiente atractivo irresistible.

He aquí una circunstancia que a todos llamó la atención: los Generales Managuas habían dormido en sus casas a pierna suelta y a las ocho de la mañana no daban trazas de ir a ocupar sus puestos. Se les ordenó salir inmediatamente y salieron, pero

A PROPOSITO DE REELECCIONES...

Página 2

sin aquel entusiasmo que mostraron en La Barranca. El Gral. Paiz manifestó que no podía ir porque el día anterior había recibido un fuerte golpe en una de las piernas. Se decía públicamente que todos ellos como buenos Managuas no querían poner obstáculos al Gral. Zelaya para que ascendiera al poder.

En las primeras horas del día recibí un telegrama del Gral. don Eduardo Montiel, concebido en estos términos:

“Diga usted al Mayor General que se hallan aquí (Granada) 300 rameños: que ordene venga tren para ir con ellos a tomar parte en la acción.”

Yo mismo fui el encargado de ir al Ministerio de Fomento a pedir al señor Ministro que enviara ese tren lo más pronto posible. Cuando regresaba de cumplir esa orden, vi al General en Jefe con el chilillo levantado contra un oficial, diciéndole con voz alterada:

“En estas circunstancias...!!

Todos teníamos la esperanza de que a la llegada del Gral. Avilés al lugar de la batalla nuestras tropas cobrarían nuevo ardimiento; y ello, con las disposiciones acertadas del Jefe, asegurarían el triunfo al Gobierno del Gral. Zavala; y así parecía confirmarlo las primeras noticias que comunicó el Gral. Avilés.

“La batalla está empeñada en todas las líneas - decía un telegrama. Nuestros Jefes, oficiales y soldados pelean con sin igual bravura. El triunfo será nuestro.”

El mismo Gral. Avilés ordenó al Gral. Saballos que con sus seiscientos hombres atacara el flanco derecho de los revolucionarios.

El General Saballos contes-

tó que tan luego él abandonara Motastepe, el enemigo que tenía enfrente ocuparía aquella posición formidable. Por eso pedía que se le confirmara la orden. Esa orden no le fue confirmada, y él se quedó allí inactivo. El enemigo que tenía enfrente era el Gral. Aurelio Estrada con unos cuatro individuos que, con sus vociferaciones y las descargas de sus rifles, le hicieron creer que tenía a la vista la vanguardia de un ejército. Con esa treta lograron los revolucionarios lo que se proponían: evitar que Saballos fuera a tomar parte en la acción.

CONTINUARA...